

mos dárselo. ¿Quién es capaz de honrar á un asesino?

— ¡Asesino! — repitió Sabielo á quien molestaba cierto estertor convulsivo. — Cuidado Malaquea, cuidado... ¿Sabes acaso quién era el hombre á quien Enrique mató involuntariamente?

— Sí que lo sé: un señor Lampessadas, teniente de gendarmería.

— ¡Era el marido de su madre!

— ¿De veras? Y aunque así sea, ¿qué tengo yo que ver con eso? ¿Vas acaso á presentarme ahora á tus queridas?... Para empezar, convengo en que no es mal principio el de tu bastardo.

De los ojos de Sabielo se desprendió una lágrima silenciosa.

Ya no veía nada.

— Ten cuidado, — seguía repitiendo; — mira que la profecía lo anunció... Sólo la compasión es capaz de modificar los instintos del tigre con aspecto humano...

— Está delirando, — murmuró sin inmutarse Malaquea.

— ... Y tú no sabes lo que es compasión... ¡Qué desgracia, Señor, qué desgracia!... Segunda víctima, la mujer de su... ¡Ah, el collar rojo!... ¡Ah!...

Sabielo, con los ojos inmensamente abiertos contemplaba lleno de espanto á Malaquea; un momento tendió hacia ella los brazos, como suplicándole piedad para él y para su hijo; pero vencido sin duda por el esfuerzo realizado, cayó pesadamente sobre la almohada, mientras se escapaba de sus labios, ya inmóviles, un débil suspiro.

Ricardo Sabielo acababa de morir sin que le fuera posible terminar la frase comenzada.

Malaquea, como si no se diese cuenta de lo acaecido, contempló sin inmutarse el cadáver de su esposo.

— ¡El collar rojo! — repetía con acento sarcástico. — ¡Claro! mintió al prometérmelo, y ahora le ahoga su mentira... Y yo no tendré el collar antes de salir de mi cuidado...

Malaquea se equivocaba.

Ya hemos visto que sí debía tenerlo... y que su dureza de corazón iba á verse castigada de un modo terrible.

## VI

## MORDEDURA DE AGONIZANTE

Los hermanos Bozzo, Constante y Francisco, estimulados por su hermano de leche, corrían desesperadamente por el camino de Ajaccio.

Avanzaba la noche, y para llegar á tiempo al barco á bordo del cual tomaran pasaje, y que les esperaba, érales indispensable apresurar la marcha.

Cierto que la distancia entre Sartène y Ajaccio, á vuelo de pájaro, es de treinta kilómetros: pero si se tiene en cuenta que el camino serpentea, y que la región que el mismo atraviesa es montuosa y ondulada, á nadie extrañará que digamos que era en realidad un trayecto de cerca de sesenta kilómetros, es decir algo más de una legua por hora, el que los tres jóvenes tenían que recorrer para llegar al barco.

Valvamos un poco atrás por un momento.

Una vez perpetrado su crimen, Enrique, perseguido por la visión horrible del cuadro de sangre y duelo de que era autor casi inconsciente, decidióse á ponerse en salvo huyendo por el mismo camino que siguiera para penetrar en la habitación mortuoria, pues que la presencia de los jardineros en el piso bajo le cortaba la retirada por aquel sitio.

Preso de un terror invencible, llevando imborrable en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

el cerebro y en los ojos la imagen de los dos cadáveres, que á él le parecía que se levantaban como decididos á perseguirle, cabalgó el joven sobre el antepecho del balcón con rapidez tan imprudente, que hubiera ido de seguro á estrellarse el cráneo en la tierra endurecida del jardín, de no encontrar al alcance de su mano una de las grandes ramas del castaño, á la que se ciñó instintivamente con manos y piernas.

Su presencia de espíritu le salvó, aunque no pudo evitar un rudo golpe contra el suelo después de escurrirse á lo largo del tronco, húmedo á consecuencia de la helada; porque hubo de calcular mal la distancia, y porque su peso había aumentado con el del botín que recogiera.

Sin embargo, como no se hizo daño alguno, levantóse prestamente y corrió hacia el muro de cerca del jardín.

En otra circunstancia ordinaria cualquiera, franquear ese muro hubiese sido para él cosa de juego; pero en aquel instante le dominaba una emoción intensísima y la herida que le ocasionara el mordisco de Malaquea le abrasaba la frente.

Tres veces tuvo que saltar antes de verse en lo alto del muro. Llegado por fin á él dejóse caer al lado opuesto, y fué á dar precisamente en el sitio mismo en que Constante y Francisco Bozzo, cansados de esperarle, habíanse echado, quedándose dormidos al poco rato sin darse de ello cuenta.

— ¡Aprisa, aprisa! — les gritó Enrique dándose á correr.

Pero como se percatase enseguida de que corría solo, volvió sobre sus pasos, y en aquel momento su mirada, involuntariamente, hubo de dirigirse hacia las ventanas de la habitación, algunas de las cuales aparecían ya iluminadas. Llegado que fué á donde estaban sus hermanos los sacudió con violencia con el pie, y les repitió la orden dando él mismo el ejemplo.

Fué entonces cuando los tres echaron á correr en dirección de Ajaccio.

Constante y Francisco, corriendo en silencio y fro-tando al mismo tiempo sus riñones, adoloridos por la poca blandura de la cama en que durmieran, felicitábanse

interiormente de que á Enrique se le hubiese ocurrido la excelente idea de hacerlos correr. El frío había en efecto entumecido sus miembros mientras dormían, y aquella carrera á que se entregaban entonces no podía dejar de serles de gran provecho.

¿Qué tiempo había permanecido Enrique en la casa? De eso no tenían ni el uno ni el otro la menor idea, lo cual no es de extrañar, dada la singular manera que ambos tuvieron de montar la guardia. ¿Por qué se durmieron? ¿No habían descansado á gusto la noche anterior? Indudablemente; pero acostumbrados como se hallaban á acostarse con las gallinas cedieron al sueño cuando éste les venció, y aun hubieron de decirse que su vida de aventuras comenzaba mal pues que les obligaba á robar horas al descanso.

En cambio, el hijo natural de Ricardo Sabielo, que acababa de pasar por emociones capaces de rendir físicamente á un gigante, no obstante sus fatigas de los días precedentes y la voluntaria vigilia que se impusiera la víspera, parecía mucho más dispuesto que sus hermanos; y era tan precipitada su marcha, que estos últimos se veían obligados á desplegar toda la agilidad de que sus piernas eran capaces para no dejarse distanciar demasiado.

Digamos en honor á la verdad que el vigor de Enrique comenzaba á flojear; seguía corriendo más bien por el impulso adquirido que por obra de su voluntad, de la que apenas si tenía conciencia.

Corría empujado por una necesidad imperiosa, irresistible; la de alejarse cuanto antes del teatro de sus hazañas. La alucinación enloquecedora le acompañaba en su carrera, como seguía á Caín en otro tiempo el remordimiento. Y para huir de ella esforzabase, aunque en vano, en precipitar su marcha, creyendo que al fin podría dejar de ver á sus víctimas sobre cuyos cuerpos parecía que caminaba.

Apoderóse de él la fiebre; su garganta se secaba por momentos, y la mordedura de la frente, hasta entonces poco dolorosa, comenzó á hacerle sufrir por modo intolérable.

Así marcharon durante buen espacio de tiempo, sin

detenerse ni aun para tomar aliento, y así cruzaron el Tavaria, y dieron vuelta á Propriano, pasando á un centenar de metros de distancia de las casas.

Llegados á un sitio donde el camino rodea la concha que allí forma el golfo de Valinco, llegóse Enrique hasta la playa y bañó copiosamente su herida; el agua salada le procuró agradable frescura, disminuyendo un tanto la fiebre, y con ella el terror que dominaba al joven.

Registró enseguida sus bolsillos uno por uno en busca de un pañuelo que no encontró, ni recordaba dónde lo dejara; y mientras sus hermanos continuaban su marcha, desgarró él furiosamente su camisa y empapando en agua de mar un jirón de aquélla, vendóse con él la frente.

Hecho esto bajó sobre sus ojos el ala del sombrero, y fué á reunirse con los dos Bozzo.

Reanudaron todos la marcha, menos rápida que antes, pero siempre callada.

Sólo turbaba el silencio augusto de la noche el ruido irregular de los zapatos herrados sobre la tierra endurecida, y el de alguna que otra piedra que rodaba, arrancada á su alveolo por un traspies de alguno de los caminantes.

En la landa bretona, en el país de los menhires y de las piedras que dan vueltas, de los gatos monteses y de las sirenas, cualquier indígena habría creído ver en nuestros tres viajeros otras tantas almas en pena peregrinando por la remisión de sus pecados.

En las altas mesetas del Inverloch, en Escocia, los montañeses no habrían dejado de santiguarse al verlos pasar, temerosos de recibir de ellos algún maleficio.

En el país de las largas pipas y de la negra cerveza, en Alemania, los posaderos dueños de schloss en ruinas, en los pueblecillos antiguos, habríanse apresurado á huir al verlos llegar, adivinando tal vez en los tres apresurados peregrinos al margrave, al landgrave y al burgrave de la leyenda maldita.

Y por último, en las cercanías de París, donde la superstición es desconocida, no habría faltado quien los detuviese sencillamente, como sospechosos, en vista de su aspecto, en verdad poco tranquilizador.

Andando sin parar, deslizándose como sombras, atravesaron Olmeto y Casalabrio.

Ni á Constante ni á Francisco se les ocurrió preguntarse porqué llevaba su hermano el sombrero tan caído sobre los ojos: instintivamente, naturalmente, atribuían aquel hecho á un exceso de precaución por parte del joven. Y como el miedo á los gendarmes seguía siempre atenazándoles, de común acuerdo, y por más de que la noche era oscura como boca de lobo, también ellos imitaron al prudente Enrique, bajando todo lo posible el ala de sus sombreros respectivos.

Una cosa sí que les extrañaba en la actitud de su hermano; el obstinado silencio que guardara desde que comenzó la caminata.

Alegre casi siempre, hablador, y hasta bromista, Enrique era un camarada de los que no aburren á nadie. Apenas recordaban haberle visto nunca, no ya triste, pero ni siquiera preocupado; y si esto sucedía alguna vez, no tardaba en recobrar su animación característica.

¿Qué podía pues motivar aquel silencio feroz, obstinado, que asustaba á Constante y á Francisco?

Ni el uno ni el otro se atrevía á preguntárselo, ni mucho menos á interrogarle acerca de lo que había podido hacer en casa de la viuda Sabielo, ni si estaba ó no satisfecho de su nocturna visita. Tal era el profundo respeto que Enrique les inspiraba y el acatamiento con que obedecían sus voluntades todas.

Tal respeto y tal acatamiento no eran la obra de la voluntad libérrima de los Bozzo, sino que les fueran impuestos por la fuerza de los puños más aún que por la de la persuasión.

Porque es de saber que cuando Constante y Francisco observaron la preferencia que sus padres acordaban á Enrique, pretendieron luchar para obtener por lo menos la igualdad de tratamiento. Enrique, persuadido de su propio valer, quiso imponerse á ellos por su educación y su inteligencia; pero como este sistema, si bueno para deslumbrar un tanto á los dos mozos, no lo era para someterlos en absoluto, acudió á otro procedimiento más persuasivo, que dió por resultado que sus músculos vencieran allí donde sus razonamientos no fueron de nin-

guna utilidad, y que su fuerza se impuso allí donde fracasara su inteligencia.

Por eso no había aún terminado Enrique sus estudios cuando ya los dos hermanos se hallaban dispuestos á servirle de esclavos; y á partir de aquel momento la admiración de ambos por el joven fué creciendo sin cesar hasta convertirse en fidelidad absoluta, pronta á todos los sacrificios y abnegaciones en favor del que para ellos era una especie de ídolo.

Habían ya dejado atrás los caminantes el pueblecillo de Petrato y vadeado el Tavaró á orillas del cual se detuvo de nuevo Enrique para refrescar su herida, y se hallaban aún próximos á Urbalacone, á mitad de camino entre Grosseto y Santa María, cuando el canto sonoro de un gallo que se repercutió de corral en corral y de pueblo en pueblo, llegó á turbar el silencio de la campiña corsa.

En el campanario de una Iglesia vecina sonaron cinco golpes.

Constante y Francisco jadeaban, y aun les faltaba por recorrer una tercera parte del camino.

Por su parte Enrique seguía andando con la seguridad de un autómeta.

Mirábanle sus hermanos, cuanto se lo permitía la dudosa claridad del alba naciente, y les parecía observar en él una profunda tristeza, que aumentaba aún más la varonil hermosura de su rostro.

¡Cuán lejos estaban los pobres muchachos de sospechar que si Enrique se mantenía firme sobre sus piernas era al precio de torturas indecibles! Moralmente y físicamente, el joven sufría como un condenado.

Los fantasmas que su conciencia culpable agitaba en su cerebro no se habían desvanecido con las sombras de la noche; continuaban por el contrario escoltándole sin apartarse de él ni un solo instante. Uno de ellos, en el que reconocía á su padre, despegaba los cerrados párpados para arrojar sobre él una mirada en la que flotaba el horror de haber dado vida á un monstruo. El otro, el de la argelina, le miraba también, pero con mirada sarcástica, que le obligaba á rechinar los dientes, mientras que la sangre manaba de la abierta garganta de Malaquea

con tal persistencia, en tal abundancia, que á Enrique le parecía caminar por un mar viscoso y rojo, el calor de cuyas aguas subía á lo largo de su cuerpo, y cuyo olor repugnante le sofocaba por momentos.

Zumbaba en sus oídos, implacable, continuo, el vagido de los dos desdichados seres llegados al mundo en el minuto supremo del crimen inaudito. Y aquel vagido que nada tenía de humano, parecía articular una sola palabra: ¡venganza!

Teniendo en cuenta los desdichados antecedentes de Enrique, era de suponer que ninguna circunstancia atenuante le sería concedida en el caso de que, sospechando de él, fuese detenido. De aquí su terror, bien comprensible, de caer en manos de la justicia.

No había otro remedio; érale preciso salir de la isla, encontrarse en alta mar antes de que las autoridades de Ajaccio fuesen prevenidas del crimen, si quería escapar al cadalso.

Estas reflexiones le torturaban moralmente de un modo indecible; sin embargo, su tortura moral era aún menor que el tormento físico que le causaba la mordedura hecha por los dientes de la agonizante.

El alivio que le procurara el fresco del agua de mar había durado muy poco; el jirón de camisa, dos veces empapado, hubo de secarse pronto al contacto de su frente ardorosa, y la fiebre había aumentado en intensidad, y el sufrimiento hacíaese ya insoportable.

Instintivamente, sin darse cuenta de lo que hacía, llevaba el puño á su frente para golpeársela, ó bien experimentaba deseos de hacerla chocar contra alguna piedra. Era que le parecía que una monstruosa araña habíase alojado en la cavidad formada por el pedazo de carne que quedara entre los dientes de su víctima; y el eterno remover de las patas velludas del insecto contra el hueso frontal descubierto, amenazaba con enloquecerle.

Y seguían caminando los tres hermanos. Al pasar por Cauro, una voz cavernosa se dejó oír junto á Constante y Francisco haciéndoles dar un salto de lado. Era la voz de Enrique, que hablaba con acento y tono tan cambiados, que no les fué posible á los Bozzo reconocerla enseguida.

El joven hablaba con gran trabajo. — Hermanos — decía — aun no hemos salido de Córcega, aun es tiempo para que me abandonéis á mi buena ó mala suerte; la vida de aventuras no se ha hecho para vosotros... Pensadlo bien, porque dentro de unas horas, cuando estemos á bordo del barco que ha de alejarnos de la tierra que nos vió nacer, ya será demasiado tarde para que os volváis atrás...

Los dos hermanos vacilaron un momento. No era que se les ocurriese la idea de regresar á la casa paterna, no; el miedo que la gendarmería les inspiraba era demasiado grande para eso. Era sencillamente que no sabían qué decir, acostumbrados como se hallaban á vivir casi sin permitirse el lujo de pensar. Por eso se miraban mutuamente, con cierta angustia.

Por fin, Francisco se decidió á decir algo.

— ¿No hace ya tiempo que convinimos en que te seguiríamos siempre y á todas partes? Pues entonces, ¿á qué viene ahora tu advertencia?

— Es que la fortuna puede sernos adversa, y si tal sucede no quiero que me reprochéis el haberos condenado á la miseria.

— Descuida; no te reprocharemos nada, — afirmó Francisco, mientras Constante, pesaroso por no poder decir algo más, añadía.

— Estamos contentos de ir contigo.

— Bueno, más vale así. Y puesto que puedo contar con vosotros, sabed que soy rico; — continuó diciendo Enrique con voz cada momento más cansada. — Teniendo como tenemos dinero, ningún obstáculo encontraremos en nuestro camino, por lo menos durante las primeras jornadas. Tenemos que viajar mucho. Vosotros haced todo lo posible por parecer hombres instruídos y de buenas maneras; yo os ayudaré, trataré de formaros... Cuando tengáis más instrucción, la audacia vendrá por sí sola, y entonces seremos fuertes y podremos conquistar entre los tres la fortuna... el oro es el que hace la ley...

Fué tan grande la dificultad con que pronunció Enrique estas últimas palabras, que llenos de solicitud, los dos hermanos le preguntaron al mismo tiempo :

— ¿ Estás herido, Enrique ?

El sol, un sol alegre que parecía brillante nuncio de una primavera ya próxima, comenzó á dorar el horizonte ; nubes blanquecinas, tenues, se deshacían poco á poco en el cielo azul, mientras las aves, en la espesura próxima, saludaban á su modo el nuevo día ; todo indicaba un próximo y grandioso despertar de la naturaleza.

Pero la belleza de aquella aurora casi primaveral, lejos de disipar la tristura del asesino, preso en las garras invisibles y tenaces del remordimiento, no hacía más que aumentarla.

Francisco, que acababa de percatarse de que una venda ensangrentada cubria la frente de Enrique, añadió :

— Eso te lo has hecho al saltar el muro, como si lo viera. Alguna rama de árbol... Pues mira, pudo muy bien saltarte un ojo.

— Nada, un arañazo; las torpezas se pagan... — respondió Enrique.

Mentía el joven á sabiendas, pero no sospechaba al hacerlo que momentos después la misma mordedura iba á desmentir sus palabras.

Habían pasado los tres mozos el Prunelli y el primer brazo del Gravone cuando al llegar al segundo, creyéndose reanimado por las brisas del golfo que llevaban un poco de frescura á su rostro abrasado por la calentura, quiso el asesino de Malaquea empapar en el agua del río el jirón arrancado á su camisa.

En el momento de inclinarse al borde de la corriente fracasó su voluntad, las fuerzas le abandonaron, el vértigo se apoderó de él por completo, y rodó como una masa. Sin el auxilio inmediato de sus hermanos de leche hubiera desaparecido al punto en el lecho fangoso del río.

Habiendo sufrido en aquella noche la máxima suma de los dolores humanos, el cuerpo de Enrique renunciaba al fin á la lucha, aunque su corazón, orgulloso, pretendía resistir.

Asustados en presencia de una debilidad que no esperaban por cierto, y para combatir la cual ningún medio les sugería su inexperiencia, Constante y Francisco se

limitaron á extender el cuerpo de Enrique en un otero y á bañarle las sienes con coñac que llevaban en una cantimplora; pero al hacer esto último, ambos retrocedieron asustados, dejando escapar un grito de estupor.

Al rodar al suelo Enrique, su sombrero hubo de desprenderse de su cabeza dejando al descubierto la llaga sangrienta que él calificara poco antes de arañazo.

Era sencillamente horrible.

La mordedura comenzaba encima de la nariz, reunía ambas cejas en una línea roja, y subía, ensanchándose, hasta llegar á la raíz de los cabellos.

La cavidad en que faltaba la carne aparecía cortada con tal limpieza, que Francisco hubo de exclamar al verla.

— Esto no lo ha hecho la rama de un árbol... que se le cuenta á quien lo crea.

— Tal vez se hirió con un cristal de botella... ¡ Hay tantos en lo alto de los muros de cerca!

— Puede; en todo caso, el pobre ha debido sufrir de un modo horrible durante el camino.

Constante se había inclinado para examinar mejor la herida.

— Sí, — repitió — esto lo ha hecho una botella rota... Pero ¡ vaya un golpe! El pellejo se ha quedado allá abajo...

Así era en verdad; pero él no podía ni aun sospechar la verdadera causa de aquella herida.

El pellejo de la frente quedó entre los dientes de Malaquea.

Y no sólo el pellejo hubo de guardar la asesinada: entre los restos de piel violentamente arrancada, en el fondo de aquella llaga, que manaba sangre mezclada con agua, veíase un punto blanquecino.

Era el hueso frontal desnudo.

¿ Qué hacer? Ninguno de los dos hermanos lo sabía. Ambos se miraban, contemplando después con inquietud el camino recorrido, y preguntándose cuál iba á ser su suerte, privados como se hallaban de su jefe natural. En este momento movióse Enrique ligeramente y sus párpados se abrieron, mostrando dos pupilas en las que se reflejaba la ansiedad y el espanto.

— Cubrid mi frente, hermanos, — dijo con voz ronca; — nadie debe ver eso.

Un tanto reanimados viéndole volver en su acuerdo, los Bozzo se apresuraron á obedecer.

— Ahora, — dijo Enrique, á quien la frescura del agua que empapaba su vendaje parecía conceder un momento de bienestar — ahora, levantadme... No se trata de llegar á Ajaccio, que podéis ver desde aquí, ni siquiera hasta el cruce del camino de Bocognano con el de Corte... Ahora hemos de tomar por ahí, á la derecha, para ganar el promontorio que domina las islas.

El barco ha debido anclar allí esta noche.

Con arreglo á estas instrucciones pusiéronse de nuevo en marcha, dejando la carretera para lanzarse por la llanura arenosa. Las piernas de Enrique se negaban á toda flexión, y los dolores que la herida le causaba hacíanse cada vez más intensos.

— Sobre todo, — decía á sus hermanos, — ni una palabra acerca de mi herida; ni una siquiera... Si alguien ve algo ó sospecha algo, le direis que me caí en el camino; pero que nadie me descubra la frente; que nadie me vele á bordo, si tengo calentura, más que vosotros...

Más de una hora tardaron los dos Bozzo en recorrer el último kilómetro, porque se veían en la necesidad de sostener á Enrique.

Llegaron por fin á la punta del promontorio.

Cerca de los islotes veíase anclado un brick-barca aparejado de goleta.

Al capitán de este buque era á quien se había dirigido Enrique la antevispera para procurarse los medios de hacer la travesía.

Y aun cuando entonces no preveía siquiera el nuevo crimen de que debía hacerse culpable algunas horas más tarde, sin embargo, por un exceso de precaución, que no entraba por cierto en sus costumbres, el hijo adoptivo del posadero-carnicero hubo de pedir al capitán que saliera del puerto para embarcarle á él y á sus hermanos.

Poco pensaba entonces que á esta precaución, casi instintiva, debería el poder conservar su libertad y hasta su vida.

En efecto, una hora antes, y en el instante en que se apartaban del camino, á orillas del Gravone, un expreso á caballo enviado por la gendarmería de Sartène pasaba muy cerca de los fugitivos, para dar la voz de alarma en el puerto de Ajaccio, á fin de que la policía registrase sin tardanza cuantos buques debieran darse á la mar.

Cerca de la orilla á la que se aproximaban los tres hermanos balancéabase una canoa, cuyos tripulantes, al ver llegar á aquellos dos hombres sosteniendo á otro, hubieron de creer que los viajeros habían bebido más de lo justo, para animarse sin duda, ante la próxima expedición.

— ¡Buenos se han puesto! — murmuró uno de ellos.

— Así tendrán algo que dar á los peces dentro de un rato, — replicó el otro.

Momentos después la ligera canoa, saltando entre las olas, se acercaba al brick para embarcar los pasajeros.

Al pasar por bajo el codaste, Enrique, levantando por casualidad la vista, pudo leer este nombre pintado en letras blancas sobre fondo negro :

« BUENAMAR »

El capitán propietario del brick, viejo lobo de agua salada, había bautizado el barco con ese nombre, sin duda por oposición al suyo propio.

Llamábase, en efecto, Malatierra.

Una vez instalados en la toldilla los pasajeros, los hombres de á bordo se armaron de las barras del guindaste para virar la cadena del ancla, y mientras desempeñaban la maniobra cantaban con voz monótona :

    Mi negra tiene la cara  
    tan blanca como la brea  
    ¡Eh... a! ¡Eh... a!  
Es más fea que un demonio  
pero es más mala que fea.  
    ¡Eh... a! ¡Eh... a!

A pique ya el ancla, había llegado el momento de ejercer presión sobre las barras para desaferrarla.  
Seguían los cantos á bordo.

Marinerito... pan pan  
de mi goleta... pan pan  
Dios sabe cuando... pan pan  
Verás la tierra  
Vaya otro trago;  
los que luego la mar os ofrece  
son muy amargos.

Desaferrada el ancla tras una ligera sacudida, quedaron solo dos hombres en el guindaste mientras los otros se dedicaban á largar tela en el palo de mesana.

En un instante quedó izada la trinquetilla : comenzó á moverse el barco en busca del viento, y poco después se deslizaba hacia la punta de Sette Navi. Poco más de una hora llevaban á bordo nuestros viajeros cuando cambiadas en fin las amuras pasaba el *Buenamar*, á toda vela, á estribor de las islas Sanguinarias enderezando el rumbo al norte.

Constante y Francisco, apoyados en la cinta de hierro de la toldilla, veían con pena difumarse en la lejanía del horizonte las montañas de Córcega, mientras Enrique, acostado en una colchoneta que facilitara el capitán, permanecía indiferente al espectáculo, por él ya previsto, de la desaparición de la tierra que lo viera nacer. Al contrario, á medida que la embarcación se alejaba de la costa, parecía como si la calma renaciese en su espíritu agitado; y á no molestarle la herida, posible es que hubiese manifestado en forma exuberante su contento por la marcha rápida del buque, pues en realidad de verdad el remordimiento que le atenazara mientras estuvo en tierra corsa parecía haberse disipado con las sombras de la noche.

Pero la mordedura de la agonizante no le dejaba tiempo para alegrarse.

Parecía tener un ascua incrustada en el cráneo.

Su tormento era tan agudo, tan insoportable, que la fiebre que lo consumía hubo de aumentar en proporciones considerables, y había momentos en los que llegaba á temer por su razón.

Y en tanto los dos hermanos Bozzo saludaban con lágrimas en los ojos á la patria que quedaba allá lejos, entre las brumas del horizonte, Enrique mordía sus

labios por no escupir al cielo la blasfemia de su rebeldía y la postrer protesta de su conciencia subyugada.

Hubo un momento en que llevó ambas manos á su frente, como si pretendiera arrancar de ella el horrible insecto que la roía implacable; pero sus brazos cayeron inertes, y los dos hermanos, que no le dejaban un momento, le oyeron murmurar antes de desmayarse :

— ¡ Ah, esa mujer!... ¡ Estaba rabiosa, rabiosa, rabiosa!...

## VII

## EL TESORO

Cuando los esposos Akmet penetraron en el vestibulo de la casa de Sabielo, el espectáculo que se ofreció á sus ojos atónitos era de tal modo horrible, que el viejo jardinero estuvo á punto de dejar caer la luz con que se alumbraba, y que su digna esposa creyó que iba á rodar desvanecida.

Sin embargo, pasado el primer momento de estupor, ambos avanzaron temblorosos hacia los cadáveres, cerca de los cuales se agitaban los dos recién nacidos.

A pesar del espanto que la dominaba, la buena mujer logró sobreponerse á su emoción.

— ¿ Y el asesino? — dijo en voz baja, acercándose al oído de su marido.

Éste se estremeció. ¡ Cuánto lamentaba en aquel crítico momento haber dejado á su hijo Alí en el pabellón del fondo del parque!

Y lo lamentaba, no precisamente porque se le ocurriese la idea de que también el joven podía ser asesinado, sino porque hallándose lejos Alí, perdía él toda esperanza de tener quien le ayudase en caso de agresión, y el pánico que esta idea le producía restábase no poco de las escasas energías de que era capaz.

No era cosa sin embargo de que su mujer se percatase de su temor. Dejó pues en el suelo la linterna y se pre-